

# El cooperante internacional como ciudadano global: colonialidad, movilidad y clase

Álvaro Briales Canseco\*  
Universidad Complutense de Madrid

## Resumen

En este trabajo nos interesamos por la condición del *cooperante internacional* y su significado político. En primer lugar, analizamos la cooperación internacional a partir del concepto de *colonialidad del poder*, e introducimos algunas de las problemáticas relacionadas con la *frontera* y el *eurocentrismo*. Después, describimos e interpretamos las características específicas de la movilidad del cooperante, que no se explican tanto por el surgimiento de una *ciudadanía global* como de una *clase transnacional*. Por último, intentamos abrir debates alrededor de cuestiones como el cosmopolitismo, la distancia o la solidaridad.

**Palabras clave:** cooperación internacional, eurocentrismo, movilidad, clase transnacional, colonialidad del poder

## Abstract

In this paper we are interested in the condition of *international cooperants* and its political meaning. First, we analyze international cooperation based on the concept of *coloniality of power*, and introduce some of the issues related to *borders* and *eurocentrism*. Then, we describe and interpret the specific characteristics of cooperants mobility, which is better explained because of the emergence of a *transnational class* and not a *global citizenship*. Finally, we try to open discussions about issues such as cosmopolitanism, distance or solidarity.

**Key words:** international cooperation, eurocentrism, mobility, transnational class, coloniality of power

## Introducción

- ¿Has estado antes en Sierra Leona?  
- No.  
- Entonces: Bienvenido a Humanitarilandia, olimpo de las ONG –dijo con voz de presentadora de concurso televisivo. Aquí no vienen turistas, solamente expatriados de organizaciones de ayuda de todas las clases imaginables.<sup>1</sup>

Nuestro trabajo analiza la relación de la cooperación con los conceptos de colonialidad, movilidad y clase. La figura del cooperante no suele ser incluida en la mayoría de trabajos que actualmente se producen sobre movilidad, que se han centrado en cuestiones como las migraciones por trabajo -paradigmáticamente en la figura del *inmigrante*- o el turismo. Resulta evidente que, si bien las *fronteras* adquieren significaciones muy concretas para quien le suponen un obstáculo, al mismo tiempo diferencian a quien puede traspasarlas libremente. De ese modo, suele reclamarse el *derecho* a la movilidad para visibilizar las relaciones de poder implicadas en el carácter intrínsecamente *ambivalente* de la frontera<sup>2</sup>. Pero justamente por ello, la frontera no posee solamente implicaciones restrictivas -en tanto para muchos

---

\* Doctorando en Sociología. Departamento de Sociología I (cambio social). Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Campus de Somosaguas s/n. 28223. Pozuelo de Alarcón (Madrid). Email: [ONGizacion@gmail.com](mailto:ONGizacion@gmail.com)  
Administrador del blog <http://ONG-izacion.blogspot.com>.

<sup>1</sup> J. Raich: *El espejismo humanitario. La especie solidaria al descubierto*, Barcelona, Debate, 2004, p. 315.

<sup>2</sup> E. Balibar: «Del cosmopolitismo a la cosmopolítica», *Revista Internacional de Filosofía Política*, nº 31, 2008, p. 94. A lo largo del trabajo nos referiremos siempre a las fronteras nacionales, no a las “internas”

supone la negación de un *derecho universal*- sino que también afirma un *privilegio particular* de quienes desconocen los controles fronterizos: los *ciudadanos globales*. Desde la movilidad como *privilegio*, analizamos el caso de un ciudadano global concreto: el cooperante internacional<sup>3</sup>.

### **1. Colonialidad y fronteras: notas para un análisis de la cooperación internacional.**

Desde el mundo de las ONG<sup>4</sup>, suelen clasificarse los países del mundo a través de dicotomías cuyos usos poseen diferentes connotaciones. No es lo mismo hablar de *Norte/Sur* que de *Desarrollados/En vías de desarrollo*, de *Explotadores/Explotados*, de *Ricos/Pobres*, de *Emisores/Receptores*, de *Centro/Periferia*, de *Avanzados/Atrasados* o de *Imperios/Colonias*. En otros casos se emplean términos como *socios* –más correcto que *beneficiarios*-, *industrializados* –más correcto que *civilizados*-, etcétera. Obviamente, tales dicotomías resultan insuficientes para describir el mundo. Sin embargo, asumimos la existencia de *principios de diferenciación*<sup>5</sup> de carácter simbólico que sirven para clasificar la realidad social. De este modo, lo primero que nos llama la atención es que los polos de las diferentes dicotomías se refieren, en general, a los mismos países. Es decir, quien utiliza la expresión países “desarrollados” coincide en la división geográfica del mundo con quien alude a los países “explotadores”, aun cuando los diferentes términos establecen un *principio de diferenciación* diferente. Igualmente, los países “receptores” de cooperación concordarían geográficamente con los del “sur”, los “colonizados” o los “atrasados”. No carece de interés lo complicado que resulta encontrar una oposición binaria donde se establezca una división geográfica alternativa. Por consiguiente, parece evidente que muchas de estas formas cotidianas de diferenciar el mundo parten de una división cuyo origen, en nuestra opinión, se encontraría en las consecuencias intersubjetivas del colonialismo, es decir, lo que el sociólogo

---

<sup>3</sup> Hemos de especificar que, evidentemente, la categoría de “cooperante internacional” incluye situaciones muy heterogéneas. Ya se sea cooperante profesional asalariado, voluntario con amplia experiencia en cooperación o voluntario con alguna experiencia corta, se comparten, en general, las características significativas para su movilidad. Respecto a los extractos que utilizamos, están obtenidos de entrevistas realizadas a cooperantes en el marco de nuestra investigación *Dilemas ideológicos en la cooperación internacional*, excepto las citas del libro de Jordi Raich, *op. cit.* Para el fin de este trabajo, los fragmentos en ningún caso pretenden servir como “datos empíricos”, sino que los utilizamos para ilustrar el significado de la cooperación en el que indagamos.

<sup>4</sup> Como no existe un amplio consenso sobre los términos a utilizar, al hablar de ONG nos referimos únicamente a las conocidas como ONGD (ONG para el Desarrollo) que participan de los dos campos de la cooperación internacional: ayuda humanitaria – emergencias, catástrofes...- y proyectos de desarrollo. Concretamente, nuestro trabajo se corresponde con la cooperación llamada Norte-Sur. La llamada cooperación Sur-Sur o Sur-Norte no es objeto de este trabajo, al ser sus condiciones cualitativamente diferentes. Tampoco entramos a diferenciar la cooperación bilateral de la multilateral puesto que los intereses que prevalecen en ambos casos son los de los países donantes.

<sup>5</sup> P. Bourdieu: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1994, capítulo 1.

peruano Aníbal Quijano conceptualiza como la *colonialidad del poder*<sup>6</sup> y que permite explicar el porqué de tales clasificaciones.

El concepto de *colonialidad* señala el patrón estructurador de las relaciones de poder a nivel global que establece una *continuidad* entre la época colonial y la época actual, articulado sobre dos ejes: el *capital* y la *raza*. De este modo, Quijano es uno entre otros que defienden que el desarrollo del capitalismo no se explica únicamente por la dinámica del propio capital:

*No hay nada en la relación social misma del capital, o en los mecanismos del mercado mundial, en general en el capitalismo, que implique la necesidad histórica de la concentración, no sólo, pero sobre todo en Europa, del trabajo asalariado y después, precisamente sobre esa base, de la concentración de la producción industrial capitalista durante más de dos siglos*<sup>7</sup>.

Siguiendo con esa idea de *continuidad*<sup>8</sup> entre la época colonial y la actual, y dado que la acumulación efectivamente se realizó “sobre todo en Europa”, no sería mera casualidad que los países receptores de cooperación coincidan, casi siempre, con las excolonias, que además actualmente se caracterizan por proveer a Europa de mano de obra barata<sup>9</sup>. Por ello, la configuración de las fronteras es incomprensible sin el control de la movilidad del trabajo.

Así, en el análisis de las migraciones actuales, Mezzadra<sup>10</sup> utiliza la categoría de *derecho de fuga* para reclamar un derecho a la movilidad como “escape” de situaciones subjetivamente indeseadas, lo cual resulta muy distinto de un derecho a “ser global” o un derecho a “nunca estar inmóvil”. El control de la movilidad del trabajo se presenta aquí como un factor central en el proceso de acumulación capitalista, que pone de manifiesto lo que aquí nos interesa: la relación entre clase y movilidad. Sin embargo, algunos planteamientos llevan a Mezzadra a afirmar, por ejemplo, que la distinción entre centro y periferia deja de ser pertinente<sup>11</sup>, para postular por la noción de *espacio transnacional* -en una tesis aparentemente influida por el *Imperio* de Hardt y Negri- donde trata de dar cuenta de la progresiva desterritorialización del poder. En desacuerdo con esta idea, en nuestro trabajo defendemos la vigencia de la distinción centro-periferia siguiendo las críticas de Grosfoguel y Chakrabarty a Hardt y Negri –y por extensión a Mezzadra- por su “*perspectiva geopolítica de los centros metropolitanos*” desde

---

<sup>6</sup> A. Quijano «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina», en: E. Lander, (comp.) *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales*, Buenos Aires, CLACSO, 2000.

<sup>7</sup> A. Quijano, *op. cit.*, p. 207.

<sup>8</sup> Cabe señalar que todas las teorizaciones que se refieren a esta *continuidad* confrontan directamente con los autores que tratan de adaptar el ideal kantiano de un derecho cosmopolítico a las actuales relaciones internacionales. Desde nuestra óptica, el cosmopolitismo no haría sino ocultar las relaciones asimétricas articuladas en torno a la colonialidad del poder, ya sea porque idealiza a Europa como contrapeso –y no como aliado- de Estados Unidos (Beck, 2003), o porque simplemente elude referirse a relaciones de dependencia.

<sup>9</sup> Para el caso español, se puede encontrar información detallada en la Encuesta Nacional de Inmigrantes (Reher et al., 2007), donde se pone de relieve la situación sociolaboral privilegiada de los inmigrantes procedentes de “Países desarrollados”. Los inmigrantes del resto de regiones, a pesar de la heterogeneidad, mayoritariamente ocupan puestos de baja cualificación.

<sup>10</sup> S. Mezzadra: *Derecho de fuga*, Madrid, Traficantes de sueños, 2005.

<sup>11</sup> S. Mezzadra, *op. cit.*, pp. 18-20.

la “izquierda/blanca/eurocentrada”<sup>12</sup>. Estos teóricos postcoloniales coinciden en el error de ciertas posiciones globalistas en la izquierda eurocéntrica, que niega todo particularismo por olvidar supuestamente la matriz común –capitalismo global- que afecta a la *multitud*. Del mismo modo, el sujeto de la izquierda europea –llamado *multitud*, *ciudadano global*, *precario*, etc...- representaría meramente a lo europeo. El *obrero intelectual* no es el nuevo trabajador hegemónico en el mundo: lo es sólo en el *centro*. En la *periferia* “todavía” es industrial o campesino<sup>13</sup>. Por todo ello, la evolución hasta el presente de ciertos rasgos característicos del colonialismo junto con el control de la movilidad se reflejaría en la actualidad en un mundo donde podemos hablar de una *interdependencia neocolonial* en las relaciones internacionales, o si se prefiere, de una *dependencia histórico-estructural*<sup>14</sup>. En este marco situamos la cooperación en general, y la movilidad del cooperante en particular.

---

<sup>12</sup> Resumimos aquí las dos críticas. Dice Grosfoguel: “Las conclusiones de Hardt y Negri tienen la perspectiva geopolítica de los centros metropolitanos. Solamente desde este lugar es posible afirmar lo siguiente: primero, que el obrero industrial ha disminuido significativamente dando paso al obrero intelectual (Hardt y Negri, 2000:29-53); segundo, que no hay centros de poder global sino que se trata de una red global difusa del capital internacional con sus instituciones de control/poder pos-disciplinarias donde las relaciones centro-periferia están obsoletas (Hardt y Negri, 2000: xiii); tercero, que el capitalismo superó el control de territorios y que ahora opera a través de la desterritorialización de los flujos de capital global [...] Desde la periferia colonial, ninguna de estas tesis es cierta ni en términos absolutos ni en los términos lineales en que Hardt y Negri lo plantean.[...] En conclusión, Hardt y Negri terminan ocultando la colonialidad del poder y sus racismos coloniales. Son un buen ejemplo acerca de cómo la izquierda/blanca/eurocentrada es cómplice de los procesos de dominación racial y explotación colonial producida por la colonialidad del poder.” Y Chakrabarty: “...el trabajo ha de exigir “ciudadanía global” –más movilidad incluso de la que el capital le permite en el presente- y convertir este “no lugar” en ilimitado. Gracias a esa movilidad crecerá el sujeto revolucionario –“la multitud”- que desafiará lo que Hardt y Negri denominan el Imperio. En sus términos, pues, la lucha contra el capital ha de ser al mismo tiempo un combate contra todas las formas de apego a sitios particulares, ya que el deseo de movilidad absoluta sólo puede basarse en el cultivo de un sentido de apego planetario. [...] La diferencia no siempre es una trampa del capital [...] ...la proposición de que el pensamiento se vincula con los lugares es central en mi proyecto de provincializar Europa” R. Grosfoguel: «Del imperialismo de Lenin al Imperio de Hardt y Negri: «Fases superiores» del eurocentrismo», *Universitas Humanística*, nº 65, 2008, pp. 21-23; y D. Chakrabarty: *Al margen de Europa*, Barcelona, Tusquets, 2008, pp. 25-6.

<sup>13</sup> Esto, parecería desechar la clásica proclama internacionalista “Proletarios del mundo, ¡uníos!”. El debate radica entonces en si el conflicto centro-periferia puede seguir reduciéndose a una cuestión de *clase*, donde el europeo disfruta y defiende los privilegios que le son dados por su pertenencia nacional -movilidad, *blanquitud*, acceso a bienes y servicios, ventajas materiales y simbólicas en general-. ¿Existen entonces intereses antagónicos entre el europeo y el periférico? Al igual que hablar de intereses antagónicos entre el trabajador del centro y el trabajador de la periferia sería reificar el conflicto reduciéndolo a la dominación neo/colonial, resulta complicado en la actualidad apelar sin más a una unión del proletariado internacional puesto que implicaría ocultar la diferenciación que el colonialismo ha *sedimentado* -una sedimentación que, como otras, puede deshacerse.

<sup>14</sup> Quijano nunca utiliza el término “postcolonial” y sólo en ocasiones se refiere a “neocolonialismo”. En vez de ello, habla de *dependencia y heterogeneidad histórico-estructural* para referirse a las relaciones de dominación que no son un “nuevo colonialismo” ni un “después del colonialismo”, sino una rearticulación de la colonialidad como patrón de poder. Es decir, un reacoplamiento posibilitado por la naturaleza de las relaciones coloniales de poder: 1) *estructurales* en sentido de necesaria relación entre el todo y las partes; 2) *históricas* en tanto no son estáticas y nunca están completamente determinadas; y 3) *heterogéneas* ya que pueden ser flexibles y conflictivas respecto a la totalidad. Ver A. Quijano: «Colonialidad del poder y clasificación social», *Journal of World-System research*, VI, nº 2, 2000, pp. 342-386. Relacionado con las polémicas sobre la denominación de nuestra época como neo-colonial o post-colonial, son de interés los siguientes trabajos: T. Halperin Donghi: *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1996; S. Mezzadra y F. Rahola: «La condición postcolonial», en: VV. AA., *Estudios postcoloniales. Ensayos fundamentales*, Madrid, Traficantes de sueños, 2008; y J. P. Sartre: *Colonialismo y neocolonialismo*, Buenos Aires, Losada, 1964.

## 2. El cooperante internacional como ciudadano global.

“el ciudadano global es todavía empíricamente inexistente”, y además “un peligroso espejismo”. Enrique Dussel<sup>15</sup>

Es aquí donde nos preguntamos sobre la analogía entre el cooperante y el ciudadano global, cuyo origen podemos encontrar en la deriva de una actitud *internacionalista* a una *globalista*<sup>16</sup>. De alguna manera, el *discurso de las ONG*<sup>17</sup> se ha apropiado de ciertas características del discurso internacionalista para presentarse como *transformador*, de manera que ha canalizado el significado de la *solidaridad* para despolitizarlo<sup>18</sup>. La solidaridad no sería ya un impulso activo por el otro<sup>19</sup> sino que se habría reducido a una “sensiblería”<sup>20</sup>. Ello, sumado al creciente acceso de ciertos grupos a una movilidad planetaria, ha generado las condiciones para que el cooperante sea una figura muy presente en el imaginario colectivo. De ese modo, puede observarse que la cooperación internacional produce y reproduce discursos de un *globalismo desde arriba* contradictorio con la idea del surgimiento de las ONG como iniciativas de base, o con lo que Mezzadra llama una *globalización desde abajo*<sup>21</sup>. A este respecto, el cooperante podría significarse desde categorías que vienen “de arriba” y que diluyen las desigualdades existentes, entre las que destaca la de *ciudadano global*<sup>22</sup>.

¿A que nos referimos al situar al cooperante como *privilegiado* en las fronteras? Varias características dan cuenta de la especificidad de la *movilidad* de tal sujeto, a saber: 1) la **unidireccionalidad** del movimiento, es decir, un francés coopera en Perú, pero ningún peruano coopera en Europa. No existe reciprocidad, y por tanto, no hay “cooperación” sino “intervención”. 2) La **intención solidaria** que impulsa el movimiento<sup>23</sup>. 3) El **marco**

<sup>15</sup> E. Dussel: *Materiales para una política de la liberación*, Madrid: Plaza y Valdés, 2007, p. 301.

<sup>16</sup> Véanse “los 14 mandamientos del cooperante” en esta web <http://www.envio.org.ni/articulo/139> “En los años 80 Nicaragua los conoció y acogió por cientos, por miles. Se les llamaba “internacionalistas”. Hoy, en los 90, continúan presentes y siguen llegando, ya con el nombre más universal de “cooperantes”.”

<sup>17</sup> Ver el capítulo sexto de la tesis doctoral de J. Picas: *El papel de las organizaciones no gubernamentales y la crisis del desarrollo. Una crítica antropológica a las formas de cooperación*, Departament d’Antropologia Social, Universitat de Barcelona, 2001. Disponible en: <http://www.tesisenxarxa.net/>

<sup>18</sup> A. Díez Rodríguez: «Los medios de comunicación y el espectáculo de la miseria», 2001. Disponible en: <http://www.ucm.es/centros/cont/descargas/documento2712.pdf>. P. Waterman: «El internacionalismo socialista ha muerto. ¡Viva la Solidaridad Global!», *Nueva Sociedad*, nº 122, 1992, pp. 47-54.

<sup>19</sup> E. Dussel, *op. cit.*, pp. 293-297.

<sup>20</sup> M. Cruz: «Lo que trajo el ocaso de las ideologías», *El País*, 26/10/09.

<sup>21</sup> S. Mezzadra, *op. cit.*, pp. 33-35.

<sup>22</sup> Aunque Hardt y Negri se refieren a la *ciudadanía global* como la primera demanda de la *multitud*, desde nuestro punto de vista, la noción de *ciudadano global* posee connotaciones bastante menos “radicales”. Ver M. Hardt, y A. Negri: *Imperio*, Santiago, edición electrónica Universidad Arcis, 2002, pp. 292-6. Creemos que el uso de la noción de *ciudadano* comúnmente compartida en nuestra sociedad se relaciona con los ideales de civismo, individualidad o autonomía que le hacen el único titular posible de derechos. La diferencia que añade el “global” al ciudadano, sería el paso de una mediación del Estado a la de unas futuras instituciones supraestatales e idealmente cosmopolitas. Para ver el uso del término en publicaciones cercanas a las ONG véase, por ejemplo, la colección de libros de Intermón Oxfam sobre ciudadanía global, o el libro de E. Laszlo: *Tú puedes cambiar el mundo. Manual del ciudadano global para lograr un planeta sostenible y sin violencia*, Madrid, Nowtilus, 2004.

<sup>23</sup> Por supuesto las intenciones de un desplazamiento pueden ser muy variadas, por lo que la motivación “solidaria” es, por así decirlo, “la motivación oficial”, que obtendríamos por respuesta inicial si preguntáramos a

**institucional** en que se realiza –ONG u organizaciones internacionales-. 4) En general, la **edad** más o menos joven del cooperante, que suele coincidir con la etapa de más inquietud social. 5) El **tiempo de estancia** limitado, ni muy corto ni muy largo; y 6) la **nacionalidad**, en general europea o norteamericana. Por tanto, esta movilidad difiere de los movimientos migratorios por trabajo, del turismo u otros movimientos transfronterizos. Viajamos nosotros (no ellos); viajamos para ayudar; viajamos con una ONG; viajamos siendo jóvenes; viajamos una temporada; y viajamos *blancos*. Más tarde daremos una séptima característica que requiere de un mayor análisis. Por todo ello, esta movilidad altamente peculiar casi nunca pasa desapercibida: como mínimo, el cooperante siente cierta extrañeza.

[Sierraleonés]- En Liberia tienen campos de refugiados sierraleoneses. En Sierra Leona tenemos campos de refugiados liberianos. Y en Guinea-Conakry tienen campos de refugiados sierraleoneses y liberianos. Nada está en su sitio.

[Cooperante]- Sentí vergüenza. Yo llevaba media vida cruzando fronteras por placer y aquellos miles de desgraciados llevaban otra media haciéndolo contra su voluntad. Había algo de injusto en ello.<sup>24</sup>

¿Pero qué caracteriza al cooperante como *ciudadano global* que participa de una *sociedad civil global*? Apoyándonos en el análisis de Bauman sobre los *turistas* y los *vagabundos*<sup>25</sup>, proponemos aquí una pequeña descripción del significado cultural del *ciudadano global*.

El ciudadano global no pertenece a ninguna parte. Antes, se era de alguna parte o, a veces, de varias partes al mismo tiempo –comunidad, barrio, ciudad, país, continente...-. Se pertenecía a algún espacio no cerrado a una forma concreta –a pesar de los intentos de los Estados-nación-, pero necesariamente era un espacio menor al propio globo. Ahora, ya no hay *unidades de pertenencia*, sino “la unidad”. El ciudadano del mundo puede actuar tanto en lo local como en lo global, pero sobre todo, “piensa globalmente”. Esto es, sus esquemas de percepción son universalmente compartidos, lo que le permite homogeneizar su criterio y diferenciar a cada persona como “*acumuladores de experiencias*”. En otras palabras, ya no consume tanto mercancías materiales como simbólicas, entre las cuales destaca por encima de todas, la libertad de movimiento: “*El consumidor es un viajero que no puede dejar de serlo.*”<sup>26</sup>. La movilidad no es un medio sino un fin. La inmovilidad es de “*mentes cerradas*”, ignorantes, provincianos. Viaje por donde viaje quiere conocerlo todo, alargar su lista de países visitados e idiomas dominados, condición indispensable para acceder al sentido común global del ciudadano global. Se sitúa en el “centrismo” político, lo que no le impide ser consciente de las injusticias y por ello se preocupa y “presiona” a los gobiernos y las empresas con denuncias contundentes, siempre desde la tolerancia, la empatía y los

---

un cooperante o a una ONG. Obviamente, al profundizar podemos interpretar otras diferentes razones que pasan por el aprendizaje, el turismo, el “irse fuera”, acumulación de *capital simbólico* u otras.

<sup>24</sup> J. Raich, *op. cit.*, p. 329.

<sup>25</sup> Z. Bauman: *La globalización: consecuencias humanas*, México, FCE, 1999. Especialmente capítulos 1 y 4.

<sup>26</sup> Z. Bauman, *op.cit.*, p. 112.

mecanismos institucionales apropiados. Se autopoiciona en la clase media y sabe que tiene suerte tal como está el mundo, porque los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. Es siempre suerte, azar, casualidad, nunca *privilegio*. Le ha tocado a él –o a su sociedad- pero nadie puede ser culpable de su suerte. En definitiva, cada uno tiene que hacer lo que esté en su mano pues todos habitamos el mismo planeta: *one world* y una ciudadanía.

El privilegio del cooperante es el privilegio del ciudadano global. Al igual que éste, el cooperante aparece como uno de los representantes de la nueva ciudadanía que se expresa políticamente interviniendo transnacionalmente en diversas injusticias. Son injusticias en tanto en cuanto son perfectamente cuantificables y objetivables, y susceptibles de intervención mediante el llamado *enfoque de marco lógico*. Gracias al aparataje técnico que ha hecho de la cooperación una actividad para expertos, los problemas son problemas de gestión y administración. Entonces, su actividad se centra en ir *allí*, porque el origen de los problemas se sitúa siempre *allí*. “Una diferencia entre “los de arriba” y “los de abajo” es que los primeros pueden alejarse de los segundos, pero no a la inversa.”<sup>27</sup>. Aquí ya hemos llegado; *allí* necesitan que seamos sus catalizadores. Pero sin ser nosotros los protagonistas: lo hacen ellos, se *empoderan*. Aunque todo cooperante sabe que la cooperación soluciona poco o nada ya que los problemas son demasiado complejos. Pero, “*si no lo hacen las ONG, ¿quién lo va a hacer?*”

A pesar de que intentas poner en marcha mecanismos que den autonomía a las comunidades locales para que cuando tú ya no estés eso siga... pero al final todo se queda mucho en el plano teórico. La realidad, a lo mejor estás en un país y estás seis años, haces miles de proyectos y vuelves y las cosas están igual, ¿no? o incluso peor, ¿no?

Un caso particularmente interesante para pensar la deriva del internacionalismo en globalismo es el caso del turismo alternativo, analizado por Gascón<sup>28</sup>. En ese trabajo, se muestra el proceso de *despolitización* del viaje, al poner de relieve la leve frontera que separa el turismo común del “turismo solidario” difundido por algunas ONG en alianza con círculos empresariales en estrategias como el *Pro-poor tourism*. De esta manera, se contraponen modelos politizados de turismo promovidos desde organizaciones cercanas al movimiento altermundista como Setem o Sodepaz. Sin embargo, no se termina de profundizar en otras cuestiones como la unidireccionalidad del movimiento que señalábamos. Si bien no criticamos la solidaridad en sus formas politizadas, el movimiento en sí no puede legitimarse porque “somos internacionalistas”, pues ello no le salva de reproducir los rasgos eurocéntricos del globalismo. El significado de la movilidad tiene connotaciones cuanto

---

<sup>27</sup> Z. Bauman, *op.cit.*, p. 114.

<sup>28</sup> J. Gascón: *El turismo en la cooperación internacional. De las brigadas internacionalistas al turismo solidario*. Barcelona, Icaria, 2009.

menos conflictivas, también para el “turismo militante”. Siguen siendo “*los de arriba*” – militantes o no- los que pueden alejarse cuando plazcan.

...siempre, toda tu vida vas a tener el gusanillo ¿no? en el estómago de, “y si me vuelvo a marchar”... “y si me voy otra vez”. Entonces para mí el secreto está quizás en encontrar un... un punto medio. Quizás, seis meses fuera, seis meses aquí, ¿no?

### 3. El cooperante internacional posicionado en una clase transnacional.

*La próxima pregunta a responder es ésta: ¿qué forma una clase?*  
Karl Marx. El Capital. Libro III. Capítulo LII.

¿Cuál es la diferenciación que caracteriza a una *clase*<sup>29</sup> transnacional privilegiada?

La movilidad asciende al primer lugar entre los valores codiciados; la libertad de movimientos, una mercancía siempre escasa y distribuida de manera desigual, se convierte rápidamente en el factor de estratificación en nuestra época.<sup>30</sup>

Es decir, que la libertad de movimiento se ha configurado como una mercancía restringida a aquellos que cumplan con ciertas acumulaciones de capital: principalmente económico y simbólico<sup>31</sup>. Así, para Bauman, el grado de movilidad da la situación en un estrato, por lo que la altísima “tasa de movilidad” del cooperante le confiere un estatus diferenciado como *elite globalizada* -o en otras palabras, como *clase transnacional*<sup>32</sup>. Es así como el cooperante efectivamente cae en la contradicción que caracteriza a su clase: su ideología de *clase transnacional* pretende que todos seamos transnacionales<sup>33</sup>. Reclama la movilidad de todos sin preguntarse por la suya. Un discurso cosmopolita convive con prácticas eurocéntricas. El acceso a la cooperación no correspondería a una sociedad civil internacional, sino que dependería de la posición que uno ocupa en un mundo estratificado. El cooperante es un personaje *privilegiado* al disfrutar de una movilidad *privilegiada*. Entonces, la cooperación sería posible en tanto la movilidad del cooperante es también posible.

---

<sup>29</sup> Tratando de simplificar en lo posible nuestro razonamiento, definimos lo que entendemos por *clase* como: una diferenciación producida por relaciones históricas que resultan significativas para el acceso (o el no-acceso) a determinados bienes materiales y simbólicos. “...*las clases sociales no son estructuras ni categorías, sino relaciones históricas, históricamente producidas y en ese específico sentido históricamente determinadas.*” A. Quijano, *op. cit.*, p. 363. De este modo, y por las especificaciones que hacíamos en el primer apartado, los asalariados en general no configuran una clase transnacional, por las importantes diferenciaciones entre unos y otros.

<sup>30</sup> Z. Bauman, *op.cit.*, p. 8.

<sup>31</sup> Reduciendo mucho la cuestión y siguiendo la terminología de Bourdieu, a menor capital simbólico (ej: pasaporte de un país africano, piel no-blanca), mayor será la necesidad de capital económico para cruzar la frontera, y viceversa. O desde los dos ejes de la colonialidad, a más *raza*, entonces, menor *capital* necesario.

<sup>32</sup> W. Robinson: «La Globalización Capitalista y la Transnacionalización del Estado», Taller Transatlántico sobre "Materialismo Histórico y la Globalización", Universidad de Warwick, 1998. Disponible en: <http://www.rcci.net/globalizacion/2000/fg138.htm>

<sup>33</sup> A pesar del globalismo de Hardt y Negri (*op. cit.*, p. 296), valga afirmar a su favor que no caen en la exaltación de la movilidad en el sentido que estamos criticando: “*La multitud debe poder decidir si, cuándo y dónde se mueve. También debe tener el derecho de quedarse inmóvil y disfrutar de un lugar en vez de ser forzada a moverse continuamente.*”



Esa es la séptima característica que nos faltaba para la movilidad del cooperante: su pertenencia a una *clase transnacional*. Pocos cooperantes afirmarían pertenecer a una “clase alta” en el sentido clásico de *burguesía*, es decir, de relaciones antagónicas con la “clase baja”, puesto que entonces no sería posible ayudar al pobre si se entiende que la relación con éste es intrínsecamente conflictiva. Por ello, la *clase transnacional* tiende a significarse como “clase media”, lo que en su caso legitimaría la relación cooperante-intervenido.

A pesar de la vaguedad del concepto de *clase transnacional*, aquí vamos a tratar de especificar el sentido que le conferimos en relación al cooperante siguiendo el trabajo de Goldthorpe y Lockwood<sup>34</sup>, que identifican tres aspectos de clase: el económico, el relacional y el normativo. En un sentido *económico*, el cooperante se *enclasa* al comparar sus ingresos con el país en que interviene, mientras que se *desclasa* cuando su poder adquisitivo le parece el “medio” o el “normal” -respecto a su país de origen, claro-. Como dice aquí una ingeniera sin fronteras:

Que claro, tampoco es que vayas allí para sacarte dinero, pero cuando lo tienes, realmente lo necesario son mil doscientos, que **comparado** a lo mejor aquí con pues un **ingeniero de aquí** cobra bastante más, pero bueno, está muy bien, muy bien, son mil ochocientos euros. Un **ingeniero de allí**, cobra seiscientos dólares. [...] Si tú estás en otro sitio donde el nivel de vida es diferente... mucha gente a mí me ha dicho “ahora, pues es que tienes que cobrar como ellos”. Bueno, vale, cobro como ellos pero es que tampoco es justo, es que yo estoy fuera de mi casa, corro una serie de riesgos, y si encima estoy en un país conflictivo... [...] Entonces, qué dices, bueno vale me voy y cobro, entonces ¿por qué la gente que está haciendo mi mismo trabajo de mi misma oficina, aquí en España misma empresa, cobra el doble que yo?

En un sentido *relacional* o de *pertenencia*, el cooperante siente especial afinidad con otros cooperantes, puesto que comparten las características comunes de la actividad, y empatizan mutuamente gracias a que las experiencias vividas proporcionan significados compartidos que otra gente no puede entender del mismo modo. Igualmente, en un sentido *normativo* o de *referencia*, pertenecer a la *clase transnacional* conlleva unos esquemas compartidos de lo que se debe hacer. En el caso del cooperante, este sentido común lo dan los criterios universalizados por las instituciones de ideales cosmopolitas, en especial, el Índice de Desarrollo Humano, y en general, todo el *discurso del desarrollo*<sup>35</sup>.

...cuando me preguntan qué hago, nunca digo lo que hago, porque me implica meterme en discusiones y en temas... que no me apetece casi nunca afrontar y eso también es un motivo por el que casi siempre me relaciono con personas que están vinculadas a este mundillo, ¿no?

¿Qué condiciones permiten la movilidad del cooperante? El cooperante necesita ir *allí*, pues únicamente *allí* se es cooperante. Entonces, su sola presencia reafirma su privilegio de clase. “*No hay turistas sin vagabundos, y aquéllos no pueden desplazarse en libertad sin*

---

<sup>34</sup> J. H. Goldthorpe y D. Lockwood «Affluence and the British class structure», 1963. en: P. Bourdieu, J. C. Chamboredon y J. C. Passeron, *El oficio de sociólogo*, Madrid, Siglo XXI, 1975.

<sup>35</sup> A. Escobar: *Encountering development. The making and unmaking of the Third World*, Princeton, Princeton University Press, 1995.

*sujetar a éstos...*”<sup>36</sup>. Sin pobres no hay ricos; sin vagabundos no hay turistas; y sin ONGs, la pobreza no estaría *ONG-izada*: sería un problema político<sup>37</sup>. Y vive entre la dialéctica politización–ONGización, pues no cabe duda que un billete de avión, un pasaporte occidental o los códigos de interacción lingüísticos y corporales propios del *campo de las ONG*<sup>38</sup>, resultan prácticamente imposibles de ocultar en cualquier país “periférico”. El mero estar-allí le delata. No puede disimular su *blanquitud*. No puede excusarse en su deseo de un mundo sin pobres: “*El mundo sin vagabundos es la utopía de la sociedad de los turistas*”, pero “*hay un inconveniente: la vida del turista no sería ni la mitad de placentera si no existiera el vagabundo para mostrarle como sería la alternativa*”<sup>39</sup>. Los pobres no dejarán de serlo mientras haya cooperantes, porque la cooperación forma parte de las causas de la pobreza. A veces, la construye donde no la hay, y sobre todo, la profundiza donde sí la hay, al hacerla abstracta, al despolitizarla, al ONG-izarla. Especialmente, el cooperante de perfil politizado que piensa en el *Imperio* y que cree que todo fluye bajo un poder desterritorializado, termina por decepcionarse o por caer en la cuenta de que la *solidaridad real* no puede ser tan fácilmente realizable desde una suerte de nuevo internacionalismo. Ciertamente, al cooperante no le gustan los Estados, y quiere un mundo sin fronteras. No obstante, quien promueve la ideología *sinfronterista*<sup>40</sup>, comprueba repetidamente que su pretensión de relaciones horizontales con los intervenidos es sistemáticamente contrariada por la continua interpelación a la que se le somete, inevitablemente. El cooperante no consigue esconder sus *marcas*: “*Más tarde o más temprano aquellos con quienes estamos reconocerán las marcas visibles o invisibles que detentamos sin querer y en las que está inscrito quiénes somos, cómo hemos llegado hasta aquí y a dónde queremos ir a parar*”<sup>41</sup>. De ese modo, la pertenencia muy concreta y nada global del cooperante se materializa en cada contacto con el *otro*.

A mí me pasó cuando yo estaba en África encontrarme con niñas de seis años y decirme que querían ser como yo. ¿Por qué? Porque eres blanca. Si eres blanca tienes dinero y eres guay, entonces, cómo puede ser, y no es un concepto... o sea ya lo tienen muy asumido, ya se lo creen, y es por culpa que se lo hemos metido nosotros, en la cabeza, y ha sido durante muchos años.

---

<sup>36</sup> Z. Bauman, *op.cit.*, p. 123.

<sup>37</sup> A. Roy: «*La ONG-ización de la política*», 2004. Disponible en: <http://www.alterinfos.org/spip.php?article1611>

<sup>38</sup> A. Díez Rodríguez: «Las ONG como campo de relaciones sociales», en: M. Revilla Blanco (ed.). *Las ONG y la política. Detalles de una relación*, Madrid, Istmo, 2002, capítulo 4.

<sup>39</sup> Z. Bauman, *op.cit.*, p. 128.

<sup>40</sup> J. Picas: «Las ONG y la cultura de la solidaridad: la ética mínima de la acción humanitaria», *Papers*, nº 71, 2003, pp. 65-76.

<sup>41</sup> M. Delgado: «Sociedades anónimas. Las trampas de la negociación», en: Espai en Blanc (ed.). *La fuerza del anonimato*. Barcelona, Espai en Blanc y Bellaterra, 2009, p.93.

#### 4. Debates abiertos

Se abren aquí algunas líneas de reflexión. ¿En qué sentido el cooperante tiende a generar una ilusión de *ciudadanía global* en un mundo con fronteras? ¿Cómo el *sinfronterismo* se nutre de una ideología *eurocéntrica*? ¿Pueden las ONG solventar el *desde dónde* actúan? ¿Podría el cooperante asumir críticamente su posición privilegiada? ¿Cómo se configura una apropiación del discurso internacionalista al tiempo que la nacionalidad constituye la condición para cruzar fronteras? Sin necesidad de responder ahora, este trabajo aspira, a fin de cuentas, a cuestionar la *colonialidad* de la cooperación.

El debate de fondo podría simplificarse en, si cabe repensar el ideal kantiano de un “*cosmopolitismo genuinamente multilateral y post-imperial*”<sup>42</sup> o, por el contrario, la *colonialidad* continuará dirigiendo el patrón de poder global. En este debate, la cuestión de la frontera resulta clave, y de aquí nuestra pregunta por los “sin fronteras”, quienes a priori se enmarcarían dentro del ideal cosmopolita. ¿Es posible la *provincialización*<sup>43</sup> de Europa? Desde nuestro punto de vista, sin las condiciones previas que garanticen relaciones simétricas de poder, referirse en nuestro presente a la posibilidad de cosmopolitismo resulta cuanto menos ingenuo, sino eurocéntrico y legitimista. Lamentablemente para algunos, parece que vivimos en cualquier cosa menos en el *mundo global*:

La hibridación y derrota de los esencialismos proclamada por el elogio posmoderno del mundo “globalizador” distan de transmitir la complejidad y las agudas contradicciones que desgarran al mundo, [...] no hace más que expresar las vivencias de casta de los globales.<sup>44</sup>

Por lo que hemos tratado de mostrar, creemos que el papel de la movilidad no se reduce a la problemática de las migraciones por trabajo. Como Bauman nos enseña, la movilidad se eleva como factor central en la estratificación de las sociedades contemporáneas. Es así que habríamos de enfatizar una mayor *reflexividad* sobre la movilidad. Otros desarrollos habrían de explorar las relaciones entre *espacialidad* y *colonialidad*, es decir, problematizar la *distancia*<sup>45</sup>, tanto en la cooperación como en aquellos ámbitos donde la movilidad sea un factor relevante. En ese sentido de reflexividad, Étienne Balibar ha propuesto el desarrollo de una *fenomenología de la frontera*<sup>46</sup>. Por ejemplo, descripciones como las del cooperante Jordi Raich ponen de relieve situaciones que sólo pueden ser captadas cuando, por ejemplo, uno muestra el logo de Médicos Sin Fronteras en un aeropuerto.

---

<sup>42</sup> E. Balibar, *op.cit.*, p. 86.

<sup>43</sup> D. Chakrabarty, *op. cit.*

<sup>44</sup> Z. Bauman, *op.cit.*, p. 132.

<sup>45</sup> J. de la Haba y E. Santamaría: «De la distancia y la hospitalidad: consideraciones sobre la razón espacial», *Athenea Digital*, nº 5, 2004, pp. 124-134.

<sup>46</sup> E. Balibar, *op.cit.*, p. 89.

[...] ante la policía de los aeropuertos mi pelo largo, afeitado precario y mochila me hacen sospechoso de, al menos, terrorismo o tráfico de droga. Es sabido que los que llevan traje y usan maleta de marca son honrados. El truco consiste en asegurarse de que el agente de seguridad vea el adhesivo de tu ONG. Entonces, el maleante se transforma en noble. En las aduanas de la terminal de Barcelona había un funcionario que al verme con el logotipo de MSF en la bolsa repetía la misma frase.

- Sois peores que los políticos. Siempre con el carnet por delante. Tira, tira...

La misma técnica me ha permitido saltarme infinidad de trámites burocráticos y disfrutar de privilegios inmerecidos. Renovar el pasaporte en cinco minutos; abrir cuentas bancarias y sacar dinero sin formularios ni firmas; descuentos sorpresa en hoteles; que te cambien de clase turista a business cuando en facturación se dan cuenta de que una ONG ha pagado el billete; que Telefónica me instalara el teléfono en menos de 24 horas porque la empresa no quería que alguien que estaba de guardia, listo a partir a cualquier siniestro permaneciera incomunicado; volar de Londres a Ginebra indocumentado porque la autoridad británica no quería sentirse culpable de que perdiera mi vuelo de Suiza a Afganistán e impedir que socorriera a las oprimidas mujeres...<sup>47</sup>

En resumidas cuentas, bajo nuestro punto de vista, la cooperación no puede olvidar su *locus* ni su génesis, ni el papel que juega el *discurso del desarrollo* en invisibilizar las causas de la explotación. No puede jugar a “cooperar” cuando hay un evidente antagonismo de intereses. Si continúa creyendo que la “ayuda” nunca puede ser mala, ha de explicar el porqué de la gran paradoja por la que los mismos gobiernos que mantienen políticas comerciales neocoloniales, financian la mayoría de proyectos de cooperación<sup>48</sup>. De este modo, ¿puede la cooperación “cooperar”? ¿No sería la *ayuda abstracta* una manera de ocultar los intereses antagónicos entre “céntricos” y “periféricos”? ¿Existe aún la posibilidad de solidaridad? Una cooperación como tal, únicamente podría materializarse desde una solidaridad que no esconde la situación de conflicto, esto es, una solidaridad cuya premisa es la colonialidad. De ese modo, las ONG como campo altamente despolitizado no podrán asumir esta tarea mientras estén -como lo están- instrumentalizadas económica e ideológicamente. Para una vuelta a la solidaridad real, no queda más que tratar de romper con las interpretaciones eurocéntricas utilizando las nuevas críticas, y sin duda, también las viejas.

Marx nos permite confrontar convincentemente la tendencia siempre presente en Occidente a considerar la expansión europea y capitalista como, en última instancia, un caso de altruismo occidental<sup>49</sup>

---

<sup>47</sup> J. Raich, *op. cit.*, p. 329.

<sup>48</sup> J. Ponce: «Notas escépticas sobre la cooperación internacional». En VV. AA., *Democracias en desconfianza*, Coscoroba, Montevideo, 2006.

<sup>49</sup> D. Chakrabarty, *op. cit.*, p. 48.